

## [Viernes 19 de agosto de 2011] Séptimo y último capítulo de la novela inédita *Arroyo Seco*

■ ■ J.R.M. Ávila\*

**D**e nuevo con esposas, pero ahora sí perdido. Igual que la vez anterior, no te han registrado. Quizá los policías sepan que no vale la pena saber tu nombre, apropiarse del poco dinero que llevas en la cartera, enterarse de tu estado civil o del lugar donde trabajas. ¿Qué pueden temer de ti? Que los acuses, no les quitará el sueño y menos ahora que te tienen a su merced. Saben que son la ley y su palabra vale más que la tuya.

Cuando niño, tu mayor temor consistía en que alguien dijera haber visto merodeando por los alrededores a robachicos o a húngaros. Aunque nunca habías visto robachicos, los imaginabas resoplando con aliento podrido, mirada torva, rostro hosco, corriendo con los brazos amenazadores tendidos hacia ti. Curiosamente, aunque alguna vez viste húngaros, la primera imagen que te evocaba la palabra era la de mujeres con vestido largo, grandes aretes de aro, una pañoleta ceñida a la cabeza, cabello largo y ondulado, y grandes ojos calculando lo que podrían conseguir de la gente.

No imaginabas mujeres robachicos ni húngaros varones. Se contaba que los robachicos se apoderaban de los niños para encerrarlos y emparedarlos en presas recién construidas. Según se decía, en caso de que la presa estuviera por desbordarse o reventar, los niños que estaban en aquel encierro, al notar que el agua subía de nivel, ante la inminencia de verse ahogados gritaban y así corría la voz de alarma entre la población y se abandonaban las casas para evitar una catástrofe por la inundación o el desmoronamiento de la construcción. Nunca supiste cómo era que la gente, a sabiendas de que había niños encerrados en las presas, no los rescataba.

Una vez llegaron noticias de que en un pueblo lejano atraparon a dos robachicos, que la gente se los arrebató a los custodios para hacer justicia por su propia mano, que los quemó vivos y no hubo culpables. Jamás se supo el nombre del pueblo.

Por otro lado, se contaba que las húngaras se acercaban, pedían la mano derecha y decían: “¿Quieres que te lea la suerte?”, y terminaban robándote lo que traieras encima sin que te dieras cuenta. Además, a base de mentiras te sacaban verdades que luego les servían para estafarte o robar en tu propia casa. Decían que hipnotizaban, que hacían mal de ojo, que podían lanzar una maldición que arruinaría tu vida. ¿Cómo no temerles?

A veces los rumores parecían más cuentos que verdades, pero el miedo a las húngaras y a los robachicos siempre estuvo presente en tu niñez. A pesar de todo, ni los juegos se detuvieron ni te regalaron un sólo día de asueto en la escuela. A fin de cuentas, ni robachicos ni húngaras llegaron. No necesitaban hacerlo porque bastaba con nombrarles para que la angustia se apoderase de ti.

Ahora, muchos años después, te preguntas qué miedos pueden tener los niños de estos días. Si oyen granadazos y disparos a toda hora; presencian persecuciones y enfrentamientos; ven helicópteros, convoyes de policías, marinos y soldados patrullando el área metropolitana; se enteran de muertes en periódicos, televisión, internet y radio, ¿tendrán miedo como tú de niño se lo tuviste a húngaras y robachicos? Porque al lado de esto y del peligro en que ahora te encuentras, tus miedos de niño son en verdad cosa de risa.

Un sacudón inesperado te saca de los recuerdos en que te refugiaste por un momento. Apenas saliendo a Eloy Cavazos, la patrulla 4343, en lugar de dirigirse a Monterrey, toma el rumbo de San Roque. “Creías que te nos ibas a pelar, ¿eh? Pues ya ves que no. Ahora sí te llevó la chingada”, dice un policía al tiempo de

---

\*Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Perdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Pollfonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

propinarte una patada en las costillas. “¡Se te acabó la suerte, cabrón, derecho al tiradero de Arroyo Seco!”, dice el otro mientras te encaja la metralleta en el estómago y te derrumbas en el piso de la patrulla. “¡Para que aprendas a no meterte con la ley!”, escuchas aturrido por una patada en los testículos.

El conductor acelera de repente y los policías dejan de golpearte. Pese al dolor, notas que se tambalean mientras miran despavoridos no sabes qué. Ves sus rostros iluminados por los faros de un vehículo que viene tras la patrulla. ¿Qué puede estar pasando como para que en seguida traten de cubrirse? La noche resplandece a fogonazos, los proyectiles te respetan mientras los policías se derrumban deshilachados.

En apenas unos segundos, la patrulla pierde velocidad y presientes que algo ha sucedido con el conductor y el copiloto. No puedes moverte porque encima de ti ha caído uno de los policías. Por fortuna, eso que resulta incómodo, te protege para no golpearte al momento del choque.

Ves la silueta de un hombre que sube a la caja de la patrulla y retira al policía que estaba encima de ti. Te apunta al pecho, pero al verte esposado se detiene y te incorpora. “¿Por qué te detuvieron?”, dice. Es difícil hablar en estas circunstancias, pero vences el miedo: “Porque vi cuando violaron y mataron a una mujer”. Te toma de las esposas, esculca a un policía, recupera una llave y te libera. “Bájate”.

En lugar de obedecer, una furia desatada te empuja a patear una y otra vez a los policías. No paras sino cuando notas ensangrentados tus zapatos y tu pantalón. Imposible contener el estremecimiento de tu cuerpo. Con pesadez, bajas de la patrulla y respiras liberado. En seguida el hombre acribilla a los cadáveres. “¡Pa’ que aprendan a no hacerse pasar por nosotros, culeros!”. Al terminar, voltea a verte. “¿Dónde vives?”, dice y te quedas sin aliento, porque no sabes para qué lo pregunta. Sin embargo, le das tu dirección. “Súbete atrás”, dice señalando la descomunal camioneta blanca que alcanzaste a ver mientras te apresaban los policías.

El conductor maneja con tranquilidad hasta llegar al semáforo de Eloy Cavazos y San Roque. Da vuelta en U y se enfila hacia Monterrey. Al llegar al semáforo de tu colonia vuelve a dar vuelta en U y

el hombre que te quitó las esposas te pide desde la cabina que los vayas guiando. Lo haces sin temor porque tienes la seguridad de que no van a dañarte. Llegan a tu casa y se detienen. Bajas y vas hasta ellos. “Gracias, de veras”, les dices. “Ponte aguzado para la otra”, dice desde la sombra el que te liberó. El conductor arranca suavemente.

Nadie te ha visto llegar. Deslizas el portón casi en silencio, entras, lo cierras. Lavas los zapatos y los sacas al balcón. Metes en una bolsa la ropa ensangrentada. A pesar de los dolores, te bañas a conciencia, hasta que no queda sobre tu cuerpo un asomo de sangre. Ya cambiado sales a la calle con la bolsa. Son casi las dos de la mañana. Tienes tiempo suficiente antes de que amanezca.

Caminas hacia el fondo de la colonia, hasta el terreno plano de la curva y, en la parte más sombría, arrojas la bolsa por encima de la barda. De regreso, te escondes en los huecos de las casas y en la doble sombra de los árboles y la noche ante cualquier ladrido. Oyes las patrullas ululando desenfundadas por la avenida. Vadeas la colonia y al fin regresas a la casa con la tranquilidad de otros tiempos.

Vuelves al baño y lavas por dentro tu nariz, como si conservaras en ella algo más que el recuerdo del olor a sangre recién derramada. Te descalzas, te desvistes, enciendes el televisor, cambias de canal hasta que encuentras una película que ya has visto pero te gusta. Apenas alcanzas a verla cinco minutos y el sueño te derrota. Las sirenas no cesan. Son casi las cuatro de la mañana.

\*\*\*

Como si no hubieras peligrado en los últimos días, regresas a la rara normalidad de estos tiempos, te sientes rebosante de bienestar y hambre a las diez de la mañana y, sin pensarlo, te vistes y te diriges al puesto de tacos de barbacoa que se encuentra a un kilómetro de tu casa. Comes con moderación, pero a llenar. Después abordas un camión urbano hacia Monterrey.

A lo lejos ves la peluquería a la que siempre vas. Bajas. Lo has postergado desde hace más de tres semanas y ya no puedes aplazarlo. Tardes lo que tardes, no regresarás a casa sin un buen corte de cabello, al fin que siempre hay revistas y periódicos que leer mientras esperas turno.

Para tu fortuna, el único cliente está por salir. En otras ocasiones has esperado hasta hora y media, pero hoy, apenas tomas el periódico, te dice el peluquero: "Pásale, mano", y te acomodas en la silla giratoria en tanto le cobra al cliente que recién atendió. "Qué hago, mi amigo", pregunta, como si no notara el estado de tu cabello. Le dices que está muy enmarañado, que tal vez haya que entresacarlo y que no lo quieres muy corto. Mientras te asegura al cuello la tela blanca, acaban por ponerse de acuerdo y se dispone a trabajar, con tijeras en una mano y peine en la otra.

En el televisor, una locutora alaba la honestidad de un joven que encontró una billetera y, en lugar de quedársela, la regresó a su dueño. Es raro escuchar una noticia así. Ahora todo se ha vuelto extorsiones, bloqueos, matanzas, enfrentamientos entre narcos y soldados, policías o marinos. El peluquero entresaca el cabello con las tijeras de zigzag y, concentrado en lo que hace, guarda silencio. Nada dice de las lastimaduras ocultas en tu cabeza. Le cuentas que has oído en internet una grabación en la que una joven a la que alguien pretendía extorsionar termina sacando de sus casillas al supuesto secuestrador de su mamá, al aclararle que la mujer está muerta.

Cuando dejan de reír ante lo que parece una broma, el peluquero dice: "Mira, lo que hay que hacer es colgar el teléfono y no hacerles caso. Porque te amenazan: 'No vayas a cortarme, esto es serio, si me cuelgas va a estar cabrón para ti'. N'hombre, cuélgales, que se vayan a la jodida". Se detiene mientras coteja ambas patillas y las empareja. Después continúa: "Han hablado cuatro veces a la casa, mano. De ésas, yo he contestado tres y mi señora una. A uno de ellos le dije: 'Vas a ver, cabrón, te voy a torcer. La regaste, porque salió el número en el identificador y lo estoy viendo'".

Con el peine en la izquierda y una maquinita en la derecha, avanza en el corte y reanuda la plática: "Y no me creyó, y que empieza: 'N'hombre, compa, ahora sí, nomás por ponerte al brinco te vamos a joder', me dijo. 'Qué buena idea me has dado, cabrón', le dije, 'vas a ver que yo soy el que te va a envarillar porque tengo tu número'. Yo muy seguro, ¿eh?, pero porque en verdad salió el número del teléfono en el identificador. Y él, muy salsa: 'A ver dame el número'. Y le digo: 'Es éste, éste, éste y éste otro', y que cuelga, mano. ¡Cómo me hubiera gustado verle la cara al güey!".

Detiene el corte para reír a sus anchas y, viendo que te ha hecho reír, cuenta otra anécdota: "A un conocido también le hablaron. Fíjate, nunca llega temprano a la casa. Nunca. Y ese día se desocupa pronto y regresa sin avisarles ni a las hijas ni a la esposa, para dar la sorpresa, ya sabes. Llega, y no hay nadie. Y dice: 'Ahorita las localizo por el celular'. Pero en eso recibe una llamada: '¿Fulano de tal?', le dicen. 'Sí, a sus órdenes', contesta. 'Permítame tantito, fíjese bien a quién le voy a pasar'. Y mi amigo: 'Sí, cómo no'. Y entonces se oye una voz de mujer casi llorando: '¡Papá!'. Y mi amigo: '¿Qué pasó m'hijita?'. Y ella: 'Haz lo que te digan, por favor'. Y el malandro: '¿Ya sabes con quién acabas de hablar?'. Y mi amigo: '¿Cómo no voy a saber, si es m'hijita!, ¿qué le pasó?'. Y entonces el otro le dice: 'Ten a la mano quinientos mil pesos porque si no, vete olvidando de tu hija'. '¡Oye, espérate!', dice mi amigo. 'Nada de espérate', dice el otro, 'te hablo en quince minutos y si no tienes el dinero, ya sabes lo que le puede pasar', y corta".

El peluquero unta una especie de gel en tu nuca y rasura en silencio, con cuidado. Una vez que ha terminado vuelve a contar: "Pues mi amigo se asustó, ¿verdad? Y que empieza a moverse y localiza a su esposa. '¿Dónde estás, vieja?'. Y ella le contesta: '¿Qué te pasa? Te noto muy agitado'. Y él: 'No, oye, pos es que llego a la casa y no te encuentro ni encuentro a las muchachas. ¿Dónde andan?'. La mujer le dice: 'La niña y yo andamos en Sam's. ¿Todo está bien? ¿Te pasó algo? ¿Por qué no me avisaste que ibas a llegar temprano?'. Al notarla preocupada, mi amigo le dice: 'No, pues me vine temprano de la chamba y aquí estoy'. 'Ahorita vamos para allá', dice la esposa y se despiden".

A estas alturas, el peluquero se concreta a emparejar el corte con peine y tijeras normales. Lo hace casi de manera mecánica y ya puede hablar con más soltura: "Y entonces mi amigo le habla a la otra hija, la que se supone que tenían secuestrada. Y como ella le contesta, se siente más aliviado: '¿Dónde estás m'hija?'. Y ella le dice: 'Aquí, en la escuela, ¿qué pasó?'. 'Nada', dice él, 'pues que llegué temprano a la casa y no las encontré'. 'Mamá anda en Sam's', dice la muchacha. 'Bueno', dice él, 'ahorita la localizo'. ¿Te fijas, mano? Él, todo tranquilo para no alarmarla".

Te pone un espejo en la mano y, mientras le das el visto bueno al corte gracias al enorme espejo

que tienes a tus espaldas, continúa: “A los quince minutos le vuelven a hablar: ‘Qué pasó mi amigo, ¿ya tienes el dinero que te pedí?’. Y mi amigo le contesta: ‘Mira, fijate bien lo que te voy a decir: ¡Chingas a tu madre!’, y le cuelga el teléfono y así lo deja un buen rato esperando una nueva llamada, pero el otro no le vuelve a hablar. Ya más tranquilo, acordándose de ese pedo, mi amigo me dice: ‘Pero fijate, no me lo explico, ¿cómo fue que oí tan clarito a mi hija?, ¿cómo va a ser que me pasen a otra mujer y oiga la voz y el llanto de mi hija?’. Bueno, pues así pasó aquello”. Deja de hablar para quitarte con una brocha los restos de cabello que te han caído en el rostro, en el cuello, en las orejas. Finalmente retira la tela blanca con que te cubrió desde el principio.

Le tiendes un billete y, mientras te da el cambio y saluda a un nuevo cliente, todavía alcanza a platicarte de alguien a quien le habla un sobrino desde el aeropuerto. Necesita que le haga un depósito a una cuenta porque si no, un comandante le va a retener mercancía que trae del otro lado. “Oye, y ahí tienes que el que se supone que era tío del que hablaba, le dice: ‘Sí, como no, lo que se necesite, sobrino. Y a todo esto, ¿ya está mejor mi hermana?’. ‘¿Quién?’. ‘¿Cómo que quién?, pos tu mamá’. ‘Ah, sí, tío, ya está mejor, gracias’. ‘A ver, pásame al comandante’, y el dizque sobrino se lo pasa, ‘¿Qué hay, mi comandante?’. ‘No, pues que aquí tenemos a su sobrino y le vamos a retener una mercancía’. Y el supuesto tío dice: ‘Mira, por mí, dale en la madre a ese cabrón, porque yo no tengo hermanas’. Y que le cuelga”. Las carcajadas del peluquero, del cliente que acaba de entrar y las tuyas, llenan el lugar.

Cuando sales, te das cuenta de que la gente ve tu sonrisa con extrañeza. Claro, ¿cómo puede sonreír alguien ante una realidad tan otra a la que le había tocado vivir y además sin motivo evidente?

\*\*\*

El escozor por restos de cabello en cuello y orejas te empuja a la regadera y te bañas por un largo rato, abandonado, como te gusta, a la frescura del agua. Adiós escozor, aunque no dolores. Tras secarte bien, te recuestas sobre la cama, pero evitas encender el televisor. No quieres saber más de enemigos muertos, eso se acabó. Por un rato, miras techo, paredes, puertas, guardarropa, como por primera vez. Tomas el libro que habías puesto en el maletín y te refugias en la lectura.

Cuando oscurece, enciendes la luz y continúas. Lees sin parar, sin ser interrumpido, sin la molestia de vecinos que quieren saber de ti, sin el peligro que te tuvo atosigado desde el fin de semana. Lees hasta que una andanada de ladridos te obliga a suspender la lectura. Colocas un separador en la página que acabas de leer con la atención dispersa, apagas la luz y te asomas a la noche.

Recuerdas a tu amigo, el escritor, platicando de cartas que le llegan: “Usted que tiene el poder de la pluma, ¿por qué no escribe de lo que está pasando en mi pueblo, que la gente se está yendo porque ya no aguanta tanto secuestro y nadie dice nada, ni en radio, ni en tele, ni en periódicos?”. O voces que le advierten: “Tenga cuidado con lo que escribe. ¿No ve lo que les ha pasado a periodistas que aparecen muertos y mutilados? Mejor escriba de fútbol o de lo bonita que se ve la luna en estos días, pero no se exponga”. Tienes que contárselo. Él sabrá que armar con todo esto.

Te quedas de pie, recordando vehículos que conducen soldados con máscara, vehículos militarizados que no respetan carriles y se echan encima del tráfico, vehículos que ignoran semáforos en rojo, aunque no les corra prisa, vehículos que patrullan lugares en que no se requiere su presencia.

Como si te asomaras a otro mundo, recuerdas muertes por ahorcamiento, por decapitación, por fusilamiento, por incineración, y no puedes menos que preguntarte dónde estaba este ejército cuando miles de víctimas lo necesitaron. Lejos, por supuesto, como si supiera exactamente dónde no estar en aquellos instantes.

Vas a la cama y te adormeces. Ves a un hombre mayor. “Buenas”, te dice y no le contestas. “Mucha muerte, ¿verdad?”. Asientes. Se te queda viendo insistente, sin disimulo. “Se me hace conocido”, dice, “¿no nos habíamos visto antes?”. Niegas. “¿De veras no nos hemos...?”. “No creo”. ¿Qué le importa a él quién seas? ¿Por qué tanta insistencia? “¡Oiga, espere, ya sé dónde lo vi! Fue en el noticiero de...”.

Ni siquiera volteas, te alejas de prisa, miras hacia las montañas. Si pudieras refugiarte en ellas... Caminando, entras en el sueño. A lo lejos se escuchan balaceras que ya no alcanzas a escuchar.